

Pensar la psicosis

*El trato con la disidencia psicótica
o el diálogo con el psicótico disidente*

Enrique Rivas Padilla



Miguel Gómez Ediciones

Colección Ítaca

Dirigida por María Navarro

1. *La experiencia del fin. Psicoanálisis y metafísica*
Jorge Alemán
2. *Lacan: Heidegger. El psicoanálisis en la tarea del pensar*
Jorge Alemán & Sergio Larriera
3. *Intersección psiquiatría ♦ psicoanálisis. La clínica de la sospecha*
Enrique Rivas
4. *Lacan en la razón posmoderna*
Jorge Alemán
5. *Angustia y sentido. La nada tiene la palabra*
Fernando Ojea
6. *Iraquíes*
Abu Nuwás y otros
7. *Ética y política de la traducción literaria*
Ovidi Carbonel y otros
8. *Derivas del Discurso Capitalista. Notas sobre psicoanálisis y política*
Jorge Alemán
9. *¿Quiere usted ser evaluado?*
Jacques-Alain Miller & Jean-Claude Milner (Trad. Ariane Husson)
10. *Psicoanálisis y arte de ingenio. De Cervantes a María Zambrano*
Erminia Macola & Adone Brandalise (Trad. Pilar Sánchez Otín)
11. *Pensar la psicosis. El trato con la disidencia psicótica*
Enrique Rivas

© Enrique Rivas Padilla, 2005
© Miguel Gómez Peña, S.L., 2005
Paseo de Calvo Sotelo, 28. 29016 Málaga.
TEL./FAX: [34] 952 602 873
mge@migueltgomezediciones.com
www.migueltgomezediciones.com

ISBN: 84-88326-#-##
DEPÓSITO LEGAL: MA-###/2004

Impreso en España
Imprime: Gráficas San Pancracio, S. L.
La Orotava, 17. 29006 Málaga

Diseño y maquetación: MGP

Índice

Prólogo, por Sergio Larriera	15
Introducción: Pensar la psicosis en la orientación de Freud y Lacan	19
1 La angustia en las estructuras clínicas. <i>La cuestión de la angustia en la psicosis</i>	33
Introducción a la clínica de la angustia 33 • Los dos ejes del destino de la angustia 35 • La angustia en las diferentes estructuras clínicas 36 • Diferencia en la naturaleza de la angustia entre neurosis y psicosis 39 • La angustia en la perversión 43 • Respecto al destino de la angustia en la cura 44	
2 <i>La folie à deux. La psicosis compartida, una forma de socialización del delirio</i>	47
'Un amor de suplencia. Una forma mínima de socialización del delirio'. 'Una forma excepcional de triunfo de la paranoia' 50 • Referencias históricas 60 • Definición de la <i>folie à deux</i> 61 • Psicopatología del mecanismo de inducción delirante 62	
3 Los trastornos del lenguaje en la experiencia psicótica	69
El neologismo y la experiencia psicótica. <i>Una forma de decir lo Real</i> 76 • Historia del neologismo y su estudio psicopatológico 79 • Descripción psicopatológica 80 • Valor clínico de los trastornos psicóticos del lenguaje 83 • Aproximación al estudio psicoanalítico de los neologismos 84	

- 4 Tratamiento psicoanalítico de la psicosis.
Abordaje psicoanalítico de psicóticos en la institución pública de Salud Mental 95
- La naturaleza de la demanda 96 • El dispositivo de escucha 99 • La función de la institución 102 • Un tercer nivel del dispositivo analítico institucional. El trabajo con la red o estructura familiar 105 • La clínica y el trato con el psicótico 118 • La comprensión teórica psicoanalítica de las psicosis, según la enseñanza de Freud y de Lacan 119 • Diferencias conceptuales entre el saber psiquiátrico y el saber del psicoanálisis con relación a la psicosis 123 • El concepto de alucinación 125 • El concepto de delirio 127 • Reflexión sobre una concepción y nominación diferentes de los síntomas en la psicosis según la psiquiatría y el psicoanálisis 134 • La constitución permanente del sujeto y el eventual desencadenamiento de una psicosis 135 • Abordaje psicoanalítico de la psicosis. Diferencia entre *tratamiento* y *trato* del psicótico. El *trato-pacto* con el psicótico 137 • La transferencia en la psicosis 141 • La interpretación en la psicosis 147 • El psicótico en los dispositivos institucionales de asistencia. El *trato colectivo* en grupo 151 • La rehabilitación. ¿Psicoeducación del psicótico? El concepto de crónico 155 • Experiencia con psicóticos en el Hospital de Día de los Servicios de Salud Mental de un Distrito de Madrid 157
- 5 Las psicosis estándar y los casos indecibles e inclasificables. *De la clínica del límite al límite de la clínica* 165
- Esquizofrenia y Paranoia 165 • Manía y melancolía 173 • La experiencia del tiempo y del espacio en la psicosis 178 • De la clínica del límite al límite de la clínica 184
- 6 Abordaje psicoanalítico de los nuevos síntomas y formas del malestar contemporáneo.
El psicoanálisis aplicado a la terapéutica 205
- ¿Cuáles son estos síntomas y qué circunstancias sociales, ideológicas y políticas los determinan? 205 • Secuencia del trastorno estructural en la clínica de lo real de la época contemporánea 208 • La desubjetivación del síntoma en las patologías contemporáneas 209 • El psicoanálisis aplicado en la Institución de salud mental y el tratamiento de los nuevos síntomas contemporáneos 210 • Reflexiones sobre el abordaje de las patologías desencadenadas por el acoso sexual, laboral y parental 216 • De la transferencia a la Institución a la institución de la Transferencia 217 • Diferencias de abordaje del síntoma en los recursos de salud mental y en el psicoanálisis 221 • Pacientes

en los que se puede plantear este viraje de la petición de curación a la demanda de saber en las instituciones 223 • La duda sobre la transferencia en los Servicios de Salud Pública 226

7	El psicótico frente al amor, el sexo y la muerte	229
8	El saber en la psicosis. <i>Superposición del saber y la verdad en el psicótico</i>	235
9	El psicótico en el campo de la ética. <i>Culpa, responsabilidad e imputabilidad en la psicosis</i>	241
10	Usos y abusos del psicofármaco en el trato con el psicótico	249
11	La disidencia psicótica	257
	Epílogo	265
	Bibliografía	277

A Freud y Lacan que me mostraron el camino para reorientar la manera de comprender y tratar a los sujetos que fueron desconsiderados como tales, por el hecho de hablar por fuera del campo del sentido.

A Jorge Alemán y Sergio Larriera y tantos amigos y compañeros psicoanalistas que me alumbraron ese camino con sus decires y su pensamiento.

Lejos, pues, de ser la locura el hecho contingente de las fragilidades de su organismo, es la aparente virtualidad de una falla abierta en su esencia.

Lejos de ser «un insulto» para la libertad, es su más fiel compañera; sigue como una sombra su movimiento.

Y al ser del hombre no solo no se lo puede comprender sin la locura, sino que no sería el ser del hombre si no llevara en sí la locura como límite de su libertad.

JACQUES LACAN

Acerca de la causalidad psíquica

(...) Las palabras no existen porque alguien simplemente las propone por querer introducir las. Se introducen por sí solas o, como Hölderlin dijo tan bellamente, las «palabras surgen como flores». (...).

Para el pensador Heidegger, Hölderlin significaba aún un paso más. «Nos pone en la decisión», dijo Heidegger de él; y esto fue claramente la decisión contra Schelling y Hegel a favor de Hölderlin, contra el concepto y la lógica del concepto y a favor de la anunciación de lo divino. Así se plantea para Heidegger la alternativa: el extremo abandono del ser en la locura técnica, o bien la premonición: «Solo un Dios puede salvarnos». Por esto Heidegger no podía ver a Hölderlin como un allegado de la era del idealismo, sino que lo veía como allegado de un futuro que podría traer la superación del olvido del ser.

H. G. GADAMER

Los caminos de Heidegger

¿Qué es lo que había producido la filosofía para Heidegger? Un olvido: el *olvido del ser* en favor del ente. (...) Éste había entendido algo que para Lacan fue muy nítido, y es que cada época no es otra cosa que una forma de manifestarse del ser, y a la vez, de reprimirse (...).

Se llame *cogito cartesiano*, *subjetividad absoluta*, *sujeto trascendental*, *relación sujeto-objeto*, son distintas formas de nombrar los modos en que el ser se manifiesta y, a la vez, se oculta. Así, Lacan descubre en Heidegger a un lector que lee las *formaciones intelectuales* como se leen las *formaciones sintomáticas*. *Ya que detrás de los nombres propios de la tradición, se podría entender como cada época no es más que la forma que el ser adopta en su ocultamiento, según los modos de la represión, y también, como he mostrado en otro lugar, de la forclusión.*

JORGE ALEMÁN

Lacan en la razón posmoderna

Prólogo

En otros tiempos, tiempos en los que solíamos reunirnos a debatir la cuestión de la psicosis en grupos de investigación, Enrique Rivas mostraba su preocupación interrogándose sobre una posible recuperación del esplendor clínico de los orígenes de la psiquiatría. No se resignaba a que se hubiese perdido aquel inicio, por el hecho de haber sido abandonada la psiquiatría fundamentalmente a los juegos diagnósticos y terapéuticos con el psicofármaco, mientras se aguardaba, en esperanzada molicie, la solución genética de las enfermedades mentales. Rivas apostó por el psicoanálisis para llevar a cabo tal tarea. Una atenta lectura de Freud y de Lacan le ha permitido discernir el modo en que estos autores han pensado la psicosis y han establecido los puntos de encuentro y desencuentro de la psiquiatría y el psicoanálisis. De su personal manera de leer Rivas dedujo una instancia en la que el practicante debe sostenerse, caracterizada por la tensión generada en la reunión y separación de dichos campos. En esa posición de extrema incomodidad —única manera de estar despierto— en esa permanente tensión el practicante deberá dar forma a la Demanda de la psicosis, demanda en la que confluyen la Ley, la Institución, la Familia, el Sujeto.

Quien sepa escuchar lo que habla en la psicosis habrá construido los límites de un territorio fronterizo. Habitar en esa frontera implicará para él abrirse a la escucha de una subjetividad que el discurso de la psiquiatría ha rechazado, aunque debiendo producir una invención cada vez al confrontarse a unas modalidades de la demanda que el psicoanálisis desconoce.

En la configuración de las condiciones de la escucha, en la constitución misma del acto de escuchar la demanda y reconocer en ella el decir del psicótico, en esa instancia en que se reúnen y separan la psiquiatría y el psicoanálisis, el practicante deberá propiciar el surgimiento del sujeto de la lengua que habla en la psicosis.

Que el analista no deba retroceder ante la psicosis, verdadera proposición ética de Lacan, es interpretada por Enrique Rivas, más que como un imperativo moral al que el practicante debiera obedecer, como una clara indicación de la consideración que merece el paciente psicótico como sujeto del lenguaje.

La derelicción, o sea el anonadamiento y caída del sujeto desamparado, expulsado del Otro simbólico, del Otro del discurso que constituye el entramado de los lazos con la comunidad, hacen del psicótico, según los acertados términos con los que el autor resumía esta problemática en un libro anterior publicado en esta misma colección, un desheredado de la Casa del Padre. Sin embargo, aunque no haya metáfora del sujeto con la consiguiente precipitación de sentido, hay un sujeto que se desliza en la cadena sin anclaje en la significación y para quien la escucha analítica de sus formulaciones verbales les va a restituir su dignidad discursiva.

Lo que en él no ha operado la estructura debido a la falla de la función del Padre puede ser compensado, al menos parcialmente, por esa escucha singular, atemperando de ese modo el goce mortífero que aqueja al paciente, llegando a establecer una «suplecia» de la función fallida.

La construcción del dispositivo de la escucha, el establecimiento de sus condiciones y premisas, así como su posible articulación dentro de las peculiaridades asistenciales de la institución de «salud mental», han ocupado desde siempre a Enrique Rivas. Su práctica hospitalaria, decenas de años en estrecho contacto con la urgencia psiquiátrica y con las formas crónicas de la psicosis, práctica vertebrada por su permanente relación con el psicoanálisis, le ha permitido enunciar su propuesta: «pensar la psicosis».

Se trata de revisar la historia de la locura y los diversos paradigmas que han organizado ese campo, para lo cual se impone realizar un riguroso examen de las distintas corrientes y escuelas no sólo de la psiquiatría y la psicología sino también de aquellos otros discursos que concurren en la denominada «salud mental».

El paciente encarna, en las instituciones psiquiátricas, lo real por excelencia, un malestar imposible de soportar. Inquietantes

manifestaciones de la falla simbólica que se constituyen en algo irreductible a la palabra, a la significación, al sentido. Sin embargo, como sostiene Rivas una y otra vez a lo largo del libro, eso no exime al profesional de comprometerse en su acto con el intento de circunscribir a ese real, a esas pulsiones desatadas que constituyen la esencia del sufrimiento psicótico. Sufrimiento del sujeto y caída fuera del discurso, del cual queda desalojado, siendo condenado a oficiarse de resto excluido del intercambio social.

Plantearse la escucha de la demanda del paciente y de aquellos que lo traen a la institución como la única manera de restituir al psicótico su condición de sujeto del lenguaje. Construir esa posición de escucha en el seno de la institución de Salud Mental ha sido el eje de la praxis de Rivas, es decir, de su desempeño práctico y teórico.

No se trata de suprimir los signos del padecimiento sino de llevar los fenómenos elementales de la psicosis a mejor destino, pues no son otros los mimbres con los que tejer la estabilización, tal como el lector podrá comprobar en los capítulos de las psicosis compartidas como formas de socialización del delirio, o en el funcionamiento de los neologismos y las construcciones delirantes, y en tantos otros desarrollos en los que acertadamente Rivas va contrapunteando cuestiones tales como neurosis y psicosis o tratamiento versus trato del psicótico. Son también dignos de destacar los gráficos en los que, a propósito de la suplencia de los elementos simbólicos faltantes, se presentan tanto los mecanismos de la estabilización como la función de la institución de Salud mental en la producción de la misma. El dispositivo asistencial constituye en muchas ocasiones una auténtica suplencia artificial, configurando puntos de anclaje que interrumpen el deslizamiento sin fin de la metonimia psicótica, haciendo posible la construcción de una metáfora delirante.

Todo el libro puede ser entendido como una apelación al compromiso del practicante y a la responsabilidad para disponerse a un acto complejo y difícil: escuchar sin interpretar, hacer posible sin angustia una escucha que no procura sentido, y que a la vez reconoce la dignidad humana de las palabras que se pronuncian, acogiendo sin reservas la palabra del otro. Desalojado de la posición de amo o de maestro, el profesional de la Salud mental, libre de angustia y abierto al sin sentido, estará en condiciones de pensar la psicosis.

Sobre este fondo que en última instancia es de imposibilidad, establece Enrique Rivas las condiciones del «trato» con el paciente psicótico como un modelo de contrato social en el cual quien detenta el poder conferido por la sociedad debe sufrir una radical mutación. Renunciando al saber, a los prejuicios, a las repugnancias, a la compasión, podrá dar lugar al decir del psicótico, al sujeto de la enunciación que profiere la verdad delirante.

SERGIO LARRIERA
Madrid, 1 de mayo de 2005

Introducción. *Pensar la psicosis en la orientación de Freud y de Lacan*

El psicótico forma parte de la colectividad humana, es un miembro más del grupo social, es un sujeto más, como otro cualquiera que reclama su derecho de ciudadanía, su derecho a tomar la palabra sea cual sea el mensaje que quiera transmitir, como en cualquiera de los mensajes, que transmiten el resto de los ciudadanos, sean neuróticos o perversos, sea en los discursos políticos, artísticos, científicos, sea en los lenguajes coloquiales, sea en la vida familiar e en la intimidad de su relación al *partenaire*, sea el lenguaje del odio o del amor. El psicótico quiere hablar, pero la sociedad a lo largo de la historia le ha negado este derecho relegándolo al aislamiento, al silencio y al estigma de la locura y la derelicción. El psicótico quiere hablar y debe hablar y reconquistar su deseo legítimo y legitimable a decir la verdad, he aquí el axioma ético fundamental que se trata en este trabajo. Su verdad que viene en aquello que dice y que algunos otros miembros de la sociedad a la que pertenece clasificaron y despreciaron estigmatizándolos como signos de locura, como delirios, como alucinaciones, como falsas percepciones, como producciones mórbidas si situamos esos juicios en la época de la ciencia. Porque en épocas anteriores, el psicótico era sencillamente condenado a la exclusión en manicomios y lazaretos, a la segregación como perteneciente al sector más marginal, vergonzante, ocultable y más miserable de los límites extramundanos de la sociedad.

Pero no se trata en este trabajo de reivindicar el respeto y la consideración del psicótico como ciudadano de primer rango en pie de igualdad como al resto de la población, que también, sino de otorgarle o devolverle la posibilidad de hablar, de decir en lo que dice la verdad

de su ser que es el decir del psicótico en lo real, la verdad del ser, la verdad descarnada ya que no fue sometida a las elaboraciones simbólicas, al semblante que implica la elaboración simbólica e imaginaria de «la cosa», rechazada al pasarla por la palabra, al construir el discurso de la defensa. No es necesario otorgarle al psicótico la palabra, ya se la toma él en las producciones delirantes solo que estas producciones no son recibidas por nadie y si lo son es para aniquilarlas bajo la negación de su valor y el desprecio de los discursos del sentido. Se trata de otorgarle un estatuto a su palabra a través de la creación de los dispositivos donde se la acoja y se la incluya en una conversación con alguien que en su escucha se propone así mismo como destinatario del mensaje del psicótico. Alguien que diga «sí» al discurso del sujeto y le dé un lugar en el campo del Otro.

Deseo plantear como frontispicio de este trabajo sobre *El diálogo y el Trato con el psicótico*, un recuerdo, mención u homenaje a Hans Georg Gadamer, fallecido el 13 de Marzo de este año 2002 a los 102 años. Homenaje in memoriam, no solo por lo que significó su pensamiento a lo largo del siglo xx y estos comienzos del XXI, pensamiento potente que iluminó las nuevas formas de entender la hermenéutica, sino porque dejó el testimonio de considerar a esta corriente filosófica como «*el arte de comprender la opinión del otro y elaborar las posibilidades del ser humano de experimentar en el arte, el lenguaje y la historia, la verdad como concepto y práctica del Diálogo y los lazos que vinculan al sujeto con el otro*».

Gadamer fue discípulo de Heidegger y profesor de Ontología filosófica desde 1949 hasta el final de su vida. Tomó a su cargo la misión de hacer con Heidegger lo que Marx hizo respecto a Hegel como fue, dar un alcance práctico y popular a un pensamiento original (Maurizio Ferraris). Según Jürgen Habermas, Gadamer tuvo la misión de civilizar la provincia heideggeriana.

El diálogo de Gadamer fue con los textos y con la historia, así como Freud interpretó, respecto a la psicosis, el texto del presidente Schreber. Así mismo esta cuestión del diálogo con el texto habría que hacerlo extensivo, en el contexto del psicoanálisis, a la tarea de la escucha del texto hablado en el dispositivo de la cura analítica.

Testigo de la filosofía del siglo xx, el pensamiento de Gadamer respecto al diálogo y la interpretación, vendría a iluminar desde la perspectiva ontológico-filosófica, nuestra teoría y práctica del diálogo inexcusable que instituye las bases de nuestro encuentro con los sujetos que nos vienen a demandar saber, porque sufren de la

ignorancia de su ser, sean neuróticos o psicóticos. Y en el caso de los psicóticos, como vamos a plantear expresamente en lo que sigue, el diálogo implica fundamentalmente la consideración de su palabra como índice de la verdad que lo constituye. Este diálogo como clave esencial del reconocimiento intersubjetivo, es imprescindible para orientar el «Trato» con estos sujetos en los que la ignorancia o abolición simbólica de la estructura, es restañada con un saber delirante creado ex-nihilo por fuera del vínculo social.

En esta reflexión planteamos como misión del psicoanalista en el trato con el psicótico, la creación de las condiciones de posibilidad para la emergencia del «Diálogo» como vínculo constituyente entre el sujeto y el otro, S♦A. Y es la hipótesis que vengo a defender: El Diálogo y el Trato con el psicótico como instancia instrumental *ontopoyética*, como generadora del ser e instituyentes de subjetividad.

Respecto a la cuestión ética que implica el trato y el diálogo con el sujeto psicótico me quiero apoyar en otro pensador actual en el que quiero sostener mis palabras introductorias. Se trata de Alain Badiou, filósofo francés postmarxista y exégeta, desde el campo de la filosofía, del Lacan antifilósofo. Quien en una conferencia dictada en Brasil sobre *Ética y Psiquiatría*, plantea las bases de lo que considera el acto ético de la praxis de aquellos psiquiatras y psicoanalistas diría yo que se confrontan a la locura y a la psicosis. Cito algunos de los párrafos fundamentales de este trabajo, publicado en *«Reflexiones de nuestro tiempo»*, Ediciones del Cifrado: ... «La ética psiquiátrica debe medir todos los días la distancia entre lo que puede un sujeto y lo que de éste poder, él es capaz de querer. Es necesario no ceder nunca, en nombre de las impotencias de la voluntad, en cuanto a la posibilidad de lo posible. El enemigo del psiquiatra (nosotros podríamos decir también del psicoanalista), es la idea del loco definitivo, del incurable, proscrito para siempre de la ciudad, del mismo modo que el enemigo del geriatra es la idea del viejo irreversiblemente impotente y condenado. La enfermedad, continúa Badiou, es una situación. La posición ética no renunciará jamás a buscar en esta situación una posibilidad hasta entonces inadvertida. Aunque esa posibilidad sea ínfima. Lo ético es movilizar, para activar esa posibilidad minúscula, todos los medios intelectuales y técnicos disponibles. Solo hay ética si el psiquiatra (nosotros decimos también el psicoanalista), día tras día, confrontado a las apariencias de lo imposible, no deja de ser un creador de posibilidades.»

Finalmente dice: «El psiquiatra recordará que es el portador del axioma de la igualdad entre locos y no locos y que este axioma no es suyo, sino de toda la humanidad. Contra la tentación de ser un maestro o un cura, observará la más rigurosa reserva. Coraje, discernimiento y reserva: tales son las virtudes del psiquiatra». Y nosotros añadimos, y del psicoanalista, quien ha de desalojarse en su praxis del lugar del amo o del maestro.

Cuando Gadamer habla del «arte de comprender la opinión del otro», nosotros podemos modificar este axioma respecto a nuestra tarea con el psicótico, en la que se trataría «del arte de acoger sin reservas ideológicas o culturales, la palabra del otro». Reservas que vendrían a malograr nuestra posición en la práctica discursiva frente a la demanda del sujeto que como decíamos es de saber o certificación de saber ya que padecen de una radical ignorancia de ser. La ignorancia de ser, no es mas que la anosognosia de la condición de su ser como ser de deseo y de goce. No es el psicótico el que desea y espera la satisfacción de sus expectativas de goce. Si no que él niega su ser, siendo un mero objeto del goce incontenible del otro que le vitupera, le amenaza o le ama de forma desbordante. Esta es la fuente de su malestar y sus síntomas.

Por eso el uso de la interpretación en el psicótico es cualitativamente diferente que en el neurótico. Si el trabajo analítico con el neurótico se sustenta fundamentalmente en la conexión de sentido entre un significante y otro, lo que implica cierta violencia de la interpretación por someter la ley del significante al campo de la significación, con los efectos subjetivos que induce el desvelamiento del sentido; para el caso del trabajo con el psicótico es imprescindible dejar fluir la cadena de los significantes en su fuga metonímica que es como el sujeto trata de neutralizar gran parte de su goce, de la pulsión de muerte que vehiculan las palabras, en la imposibilidad del sujeto de metaforizar lo real que le invade. El analista por la posición que ocupa en el dispositivo de escucha del psicótico y como destinatario de su discurso es el que crea las condiciones para que se opere el corte, la separación del sujeto del goce que le atormenta, por el hecho de hablar a otro que no predicará sobre su ser, sino que permitirá ser al sujeto en su acto de engendramiento a través de la producción de sus significantes extraídos, por el acto de habla, de sus fondos de goce.

El analista utilizará eventualmente el poder que le otorga la investidura del sujeto en el dispositivo, para ofrecerse como «punto fijo» de referencia, para favorecer la instauración de una identificación que

le haga existir ante el otro, obtener un lugar en el Otro quien se compromete a acogerle con su escucha. Que le reunifique y le sostenga bajo el ideal que representa el analista y que en la transferencia podrá ser percibido como la encarnación del Otro perseguidor o amante. Sostener esta responsabilidad por parte del analista implica la emergencia de una nueva ética en el abordaje de los psicóticos.

Cuando hablamos de diálogo con la disidencia psicótica o con el psicótico disidente, nos referimos a la disidencia del sujeto del campo del sentido, a su impugnación de los ideales sociales, a su conculcación de las leyes de la significación, a su insurrección frente a la impostura paterna. Pero por otro lado nos referimos a la inevitable caída del sujeto en el sinsentido, la otra raíz o dimensión del sentido, aquello que es imposible de atrapar en los decires del sujeto, sino es a través de su creación delirante, sea en la metonimia imparable del discurso o en el intento de anclaje en una significación ab-errante. Aberrante por huidiza y errática, por caer por fuera del sentido que induce la función paterna, es decir, la significación fálica.

Si seguimos a Heidegger en su interpretación de la hermenéutica (*ερμηνεύειν*-ermenein), o sea, «aquel exponer que proporciona conocimiento» (Kunde), la hermenéutica se manifiesta como «llevar mensaje y conocimiento», algo que evoca cierta condición de la interpretación analítica en su tradición freudiana. En lenguaje elemental, lo hermenéutico significa según refiere Jean Grondin, traer un mensaje que un oyente (nosotros diríamos escuchante) está llamando.

Este llevar mensajes solo es posible por medio del lenguaje e incluso se muestra como la acción más elemental del lenguaje mismo. Para Heidegger el lenguaje conlleva «la relación hermenéutica». «La pregunta por lo que es la hermenéutica se funde con la pregunta por el lenguaje. ¿Acaso el lenguaje es otra cosa que el comunicar un mensaje que una escucha debe comprender y asimilar?». De nuevo nos acercamos en el nivel de la ontología hermenéutica a la función de la escucha y la interpretación en el dispositivo analítico.

Por otra parte hay que diferenciar el comprender de la hermenéutica filosófica del no comprender demasiado o no comprender demasiado pronto de la escucha analítica, por el riesgo de que si el analista comprende demasiado o demasiado pronto el mensaje o discurso del sujeto, podría estar tentado de interpretar inyectando sentido o significaciones en la conciencia del mismo. Lo que le retendría en el nivel de la psicoterapia y si se trata de un psicótico, en los efectos deletéreos que ello puede irrogar en el sujeto.